**LA TIERRA DE ALVARGONZÁLEZ**

****

|  |
| --- |
| ***Al poeta Juan Ramón Jiménez*** |

I

Siendo mozo Alvargonzález,   
dueño de mediana hacienda,   
que en otras tierras se dice   
bienestar y aquí, opulencia,   
en la feria de Berlanga   
prendóse de una doncella,   
y la tomó por mujer   
al año de conocerla.

Muy ricas las bodas fueron   
y quien las vio las recuerda;   
sonadas las tornabodas   
que hizo Alvar en su aldea;   
hubo gaitas, tamboriles,   
flauta, bandurria y vihuela,   
fuegos a la valenciana   
y danza a la aragonesa.

II

Feliz vivió Alvargonzález   
en el amor de su tierra.   
Naciéronle tres varones,   
que en el campo son riqueza,   
y, ya crecidos, los puso,   
uno a cultivar la huerta,   
otro a cuidar los merinos,   
y dio el menor a la Iglesia.

III

Mucha sangre de Caín   
tiene la gente labriega,   
y en el hogar campesino   
armó la envidia pelea.

Casáronse los mayores;   
tuvo Alvargonzález nueras,   
que le trajeron cizaña,   
antes que nietos le dieran.

La codicia de los campos   
ve tras la muerte la herencia;   
no goza de lo que tiene   
por ansia de lo que espera.

El menor, que a los latines   
prefería las doncellas   
hermosas y no gustaba   
de vestir por la cabeza,   
colgó la sotana un día   
y partió a lejanas tierras.

La madre lloró, y el padre   
diole bendición y herencia.

IV

Alvargonzález ya tiene   
la adusta frente arrugada,   
por la barba le platea   
la sombra azul de la cara.

Una mañana de otoño   
salió solo de su casa;   
no llevaba sus lebreles,   
agudos canes de caza;

iba triste y pensativo   
por la alameda dorada;   
anduvo largo camino   
y llegó a una fuente clara.

Echóse en la tierra; puso   
sobre una piedra la manta,   
y a la vera de la fuente   
durmió al arrullo del agua.

EL SUEÑO  
I

Y Alvargonzález veía,   
como Jacob, una escala   
que iba de la tierra al cielo,   
y oyó una voz que le hablaba.

Mas las hadas hilanderas,   
entre las vedijas blancas   
y vellones de oro, han puesto   
un mechón de negra lana.

II

Tres niños están jugando   
a la puerta de su casa;   
entre los mayores brinca   
un cuervo de negras alas.

La mujer vigila, cose   
y, a ratos, sonríe y canta.

—Hijos, ¿qué hacéis? —les pregunta.

Ellos se miran y callan.

—Subid al monte, hijos míos,   
y antes que la noche caiga,   
con un brazado de estepas   
hacedme una buena llama.

III

Sobre el lar de Alvargonzález   
está la leña apilada;   
el mayor quiere encenderla,   
pero no brota la llama.

—Padre, la hoguera no prende,   
está la estepa mojada.

Su hermano viene a ayudarle   
y arroja astillas y ramas   
sobre los troncos de roble;   
pero el rescoldo se apaga.

Acude el menor, y enciende,   
bajo la negra campana   
de la cocina, una hoguera   
que alumbra toda la casa.

IV

Alvargonzález levanta   
en brazos al más pequeño   
y en sus rodillas lo sienta;

—Tus manos hacen el fuego;   
aunque el último naciste   
tú eres en mi amor primero.

Los dos mayores se alejan   
por los rincones del sueño.   
Entre los dos fugitivos   
reluce un hacha de hierro.

AQUELLA TARDE...   
I

Sobre los campos desnudos,   
la luna llena manchada   
de un arrebol purpurino,   
enorme globo, asomaba.

Los hijos de Alvargonzález   
silenciosos caminaban,   
y han visto al padre dormido   
junto de la fuente clara.

II

Tiene el padre entre las cejas   
un ceño que le aborrasca   
el rostro, un tachón sombrío   
como la huella de un hacha.

Soñando está con sus hijos,   
que sus hijos lo apuñalan;   
y cuando despierta mira   
que es cierto lo que soñaba.

III

A la vera de la fuente   
quedó Alvargonzález muerto.

Tiene cuatro puñaladas   
entre el costado y el pecho,   
por donde la sangre brota,   
más un hachazo en el cuello.

Cuenta la hazaña del campo   
el agua clara corriendo,   
mientras los dos asesinos   
huyen hacia los hayedos.

Hasta la Laguna Negra,   
bajo las fuentes del Duero,   
llevan el muerto, dejando   
detrás un rastro sangriento,   
y en la laguna sin fondo,   
que guarda bien los secretos,   
con una piedra amarrada   
a los pies, tumba le dieron.

IV

Se encontró junto a la fuente   
la manta de Alvargonzález,   
y, camino del hayedo,   
se vio un reguero de sangre.

Nadie de la aldea ha osado   
a la laguna acercarse,   
y el sondarla inútil fuera,   
que es la laguna insondable.

Un buhonero, que cruzaba   
aquellas tierras errante,   
fue en Dauria acusado, preso   
y muerto en garrote infame.

V

Pasados algunos meses,   
la madre murió de pena.

Los que muerta la encontraron   
dicen que las manos yertas   
sobre su rostro tenía,   
oculto el rostro con ellas.

VI

Los hijos de Alvargonzález   
ya tienen majada y huerta,   
campos de trigo y centeno   
y prados de fina hierba;   
en el olmo viejo, hendido   
por el rayo, la colmena,   
dos yuntas para el arado,   
un mastín y mil ovejas.

OTROS DÍAS   
I

Ya están las zarzas floridas   
y los ciruelos blanquean;   
ya las abejas doradas   
liban para sus colmenas,   
y en los nidos, que coronan   
las torres de las iglesias,   
asoman los garabatos   
ganchudos de las cigüeñas.

Ya los olmos del camino   
y chopos de las riberas   
de los arroyos, que buscan   
al padre Duero, verdean.

El cielo está azul, los montes   
sin nieve son de violeta.

La tierra de Alvargonzález   
se colmará de riqueza;   
muerto está quien la ha labrado,   
mas no le cubre la tierra.

II

La hermosa tierra de España   
adusta, fina y guerrera   
Castilla, de largos ríos,   
tiene un puñado de sierras   
entre Soria y Burgos como   
reductos de fortaleza,   
como yelmos crestonados,   
y Urbión es una cimera.

III

Los hijos de Alvargonzález,   
por una empinada senda,   
para tomar el camino   
de Salduero a Covaleda,   
cabalgan en pardas mulas,   
bajo el pinar de Vinuesa.

Van en busca de ganado   
con que volver a su aldea,   
y por tierra de pinares   
larga jornada comienzan.

Van Duero arriba, dejando   
atrás los arcos de piedra   
del puente y el caserío   
de la ociosa y opulenta   
villa de indianos. El río.   
al fondo del valle, suena,   
y de las cabalgaduras   
los cascos baten las piedras.

A la otra orilla del Duero   
canta una voz lastimera:

«La tierra de Alvargonzález   
se colmará de riqueza,   
y el que la tierra ha labrado   
no duerme bajo la tierra.»

IV

Llegados son a un paraje   
en donde el pinar se espesa,   
y el mayor, que abre la marcha,   
su parda mula espolea,   
diciendo: —Démonos prisa;   
porque son más de dos leguas   
de pinar y hay que apurarlas   
antes que la noche venga.

Dos hijos del campo, hechos   
a quebradas y asperezas,   
porque recuerdan un día   
la tarde en el monte tiemblan.

Allá en lo espeso del bosque   
otra vez la copla suena:

«La tierra de Alvargonzález   
se colmará de riqueza,   
y el que la tierra ha labrado   
no duerme bajo la tierra».

V

Desde Salduero el camino   
va al hilo de la ribera;   
a ambas márgenes del río   
el pinar crece y se eleva,   
y las rocas se aborrascan,   
al par que el valle se estrecha.

Los fuertes pinos del bosque   
con sus copas gigantescas   
y sus desnudas raíces   
amarradas a las piedras;   
los de troncos plateados   
cuyas frondas azulean,   
pinos jóvenes; los viejos,   
cubiertos de blanca lepra,   
musgos y líquenes canos   
que el grueso tronco rodean,   
colman el valle y se pierden   
rebasando ambas laderas

Juan, el mayor, dice: —Hermano,   
si Blas Antonio apacienta   
cerca de Urbión su vacada,   
largo camino nos queda.

—Cuando hacia Urbión alarguemos   
se puede acortar de vuelta,   
tomando por el atajo,   
hacia la Laguna Negra   
y bajando por el puerto   
de Santa Inés a Vinuesa.

—Mala tierra y peor camino.   
Te juro que no quisiera   
verlos otra vez. Cerremos   
los tratos en Covaleda;   
hagamos noche y, al alba,   
volvámonos a la aldea   
por este valle, que, a veces,   
quien piensa atajar rodea.

Cerca del río cabalgan   
los hermanos, y contemplan   
cómo el bosque centenario,   
al par que avanzan, aumenta,   
y la roqueda del monte   
el horizonte les cierra.

El agua, que va saltando,   
parece que canta o cuenta:

«La tierra de Alvargonzález   
se colmará de riqueza,   
y el que la tierra ha labrado   
no duerme bajo la tierra».

CASTIGO  
I

Aunque la codicia tiene   
redil que encierre la oveja,   
trojes que guarden el trigo,   
bolsas para la moneda,   
y garras, no tiene manos   
que sepan labrar la tierra.

Así, a un año de abundancia   
siguió un año de pobreza.

II

En los sembrados crecieron   
las amapolas sangrientas;   
pudrió el tizón las espigas   
de trigales y de avenas;   
hielos tardíos mataron   
en flor la fruta en la huerta,   
y una mala hechicería   
hizo enfermar las ovejas.

A los dos Alvargonzález   
maldijo Dios en sus tierras,   
y al año pobre siguieron   
largos años de miseria.

III

Es una noche de invierno.   
Cae la nieve en remolinos.   
Los Alvargonzález velan   
un fuego casi extinguido.

El pensamiento amarrado   
tienen a un recuerdo mismo,   
y en las ascuas mortecinas   
del hogar los ojos fijos.

No tienen leña ni sueño.

Larga es la noche y el frío   
arrecia. Un candil humea   
en el muro ennegrecido.

El aire agita la llama,   
que pone un fulgor rojizo   
sobre las dos pensativas   
testas de los asesinos.

El mayor de Alvargonzález,   
lanzando un ronco suspiro,   
rompe el silencio, exclamando:

—Hermano, ¡qué mal hicimos!

El viento la puerta bate   
hace temblar el postigo,   
y suena en la chimenea   
con hueco y largo bramido.

Después, el silencio vuelve,   
y a intervalos el pabilo   
del candil chisporrotea   
en el aire aterecido.

El segundo dijo: —Hermano,   
¡demos lo viejo al olvido!

EL VIAJERO   
I

Es una noche de invierno.   
Azota el viento las ramas   
de los álamos. La nieve   
ha puesto la tierra blanca.

Bajo la nevada, un hombre   
por el camino cabalga;   
va cubierto hasta los ojos,   
embozado en negra capa.

Entrado en la aldea, busca   
de Alvargonzález la casa,   
y ante su puerta llegado,   
sin echar pie a tierra, llama.

II

Los dos hermanos oyeron   
una aldabada a la puerta,   
y de una cabalgadura   
los cascos sobre las piedras.

Ambos los ojos alzaron   
llenos de espanto y sorpresa.

—¿Quién es? Responda —gritaron.

—Miguel —respondieron fuera.

Era la voz del viajero   
que partió a lejanas tierras.

III

Abierto el portón, entróse   
a caballo el caballero   
y echó pie a tierra. Venía   
todo de nieve cubierto.

En brazos de sus hermanos   
lloró algún rato en silencio.

Después dio el caballo al uno,   
al otro, capa y sombrero,   
y en la estancia campesina   
buscó el arrimo del fuego.

IV

El menor de los hermanos,   
que niño y aventurero   
fue más allá de los mares   
y hoy torna indiano opulento,   
vestía con negro traje   
de peludo terciopelo,   
ajustado a la cintura   
por ancho cinto de cuero.

Gruesa cadena formaba   
un bucle de oro en su pecho.

Era un hombre alto y robusto,   
con ojos grandes y negros   
llenos de melancolía;   
la tez de color moreno,   
y sobre la frente comba   
enmarañados cabellos;   
el hijo que saca porte   
señor de padre labriego,   
a quien fortuna le debe   
amor, poder y dinero.   
De los tres Alvargonzález   
era Miguel el más bello;   
porque al mayor afeaba   
el muy poblado entrecejo   
bajo la frente mezquina,   
y al segundo, los inquietos   
ojos que mirar no saben   
de frente, torvos y fieros.

V

Los tres hermanos contemplan   
el triste hogar en silencio;   
y con la noche cerrada   
arrecia el frío y el viento.

—Hermanos, ¿no tenéis leña?

—dice Miguel.

—No tenemos   
—responde el mayor.

Un hombre,   
milagrosamente, ha abierto   
la gruesa puerta cerrada   
con doble barra de hierro.

El hombre que ha entrado tiene   
el rostro del padre muerto.

Un halo de luz dorada   
orla sus blancos cabellos.   
Lleva un haz de leña al hombro   
y empuña un hacha de hierro.

EL INDIANO

I

De aquellos campos malditos,   
Miguel a sus dos hermanos   
compró una parte, que mucho   
caudal de América trajo,   
y aun en tierra mala, el oro   
luce mejor que enterrado,   
y más en mano de pobres   
que oculto en orza de barro.

Diose a trabajar la tierra   
con fe y tesón el indiano,   
y a laborar los mayores   
sus pegujales tornaron.

Ya con macizas espigas,   
preñadas de rubios granos,   
a los campos de Miguel   
tornó el fecundo verano;   
y ya de aldea en aldea   
se cuenta como un milagro,   
que los asesinos tienen   
la maldición en sus campos.

Ya el pueblo canta una copla   
que narra el crimen pasado:

«A la orilla de la fuente   
lo asesinaron.

¡qué mala muerte le dieron   
los hijos malos!

En la laguna sin fondo   
al padre muerto arrojaron.

No duerme bajo la tierra   
el que la tierra ha labrado».

II

Miguel, con sus dos lebreles   
y armado de su escopeta,   
hacia el azul de los montes,   
en una tarde serena,   
caminaba entre los verdes   
chopos de la carretera,   
y oyó una voz que cantaba:

«No tiene tumba en la tierra.   
Entre los pinos del valle   
del Revinuesa,   
al padre muerto llevaron   
hasta la Laguna Negra».

LA CASA  
I

La casa de Alvargonzález   
era una casona vieja,   
con cuatro estrechas ventanas,   
separada de la aldea   
cien pasos y entre dos olmos   
que, gigantes centinelas,   
sombra le dan en verano,   
y en el otoño hojas secas.

Es casa de labradores,   
gente aunque rica plebeya,   
donde el hogar humeante   
con sus escaños de piedra   
se ve sin entrar, si tiene   
abierta al campo la puerta.

Al arrimo del rescoldo   
del hogar borbollonean   
dos pucherillos de barro,   
que a dos familias sustentan.

A diestra mano, la cuadra   
y el corral; a la siniestra,   
huerto y abejar, y, al fondo,   
una gastada escalera,   
que va a las habitaciones   
partidas en dos viviendas.

Los Alvargonzález moran   
con sus mujeres en ellas.   
A ambas parejas que hubieron,   
sin que lograrse pudieran,   
dos hijos, sobrado espacio   
les da la casa paterna.

En una estancia que tiene   
luz al huerto, hay una mesa   
con gruesa tabla de roble,   
dos sillones de vaqueta,   
colgado en el muro, un negro   
ábaco de enormes cuentas,   
y unas espuelas mohosas   
sobre un arcón de madera.

Era una estancia olvidada   
donde hoy Miguel se aposenta.   
Y era allí donde los padres   
veían en primavera   
el huerto en flor, y en el cielo   
de mayo, azul, la cigüeña   
—cuando las rosas se abren   
y los zarzales blanquean—   
que enseñaba a sus hijuelos   
a usar de las alas lentas.

Y en las noches del verano,   
cuando la calor desvela,   
desde la ventana al dulce   
ruiseñor cantar oyeran.

Fue allí donde Alvargonzález,   
del orgullo de su huerta   
y del amor a los suyos,   
sacó sueños de grandeza.

Cuando en brazos de la madre   
vio la figura risueña   
del primer hijo, bruñida   
de rubio sol la cabeza,   
del niño que levantaba   
las codiciosas, pequeñas   
manos a las rojas guindas   
y a las moradas ciruelas,   
o aquella tarde de otoño,   
dorada, plácida y buena,   
él pensó que ser podría   
feliz el hombre en la tierra.

Hoy canta el pueblo una copla   
que va de aldea en aldea:

«¡Oh casa de Alvargonzález,   
qué malos días te esperan;   
casa de los asesinos,   
que nadie llame a tu puerta!»

II

Es una tarde de otoño.   
En la alameda dorada   
no quedan ya ruiseñores;   
enmudeció la cigarra.

Las últimas golondrinas,   
que no emprendieron la marcha,   
morirán, y las cigüeñas   
de sus nidos de retamas,   
en torres y campanarios,   
huyeron.

Sobre la casa   
de Alvargonzález, los olmos   
sus hojas que el viento arranca   
van dejando. Todavía   
las tres redondas acacias,   
en el atrio de la iglesia,   
conservan verdes sus ramas,   
y las castañas de Indias   
a intervalos se desgajan   
cubiertas de sus erizos;   
tiene el rosal rosas grana   
otra vez, y en las praderas   
brilla la alegre otoñada.

En laderas y en alcores,   
en ribazos y en cañadas,   
el verde nuevo y la hierba,   
aún del estío quemada,   
alternan; los serrijones   
pelados, las lomas calvas,   
se coronan de plomizas   
nubes apelotonadas;   
y bajo el pinar gigante,   
entre las marchitas zarzas   
y amarillentos helechos,   
corren las crecidas aguas   
a engrosar el padre río   
por canchales y barrancas.

Abunda en la tierra un gris   
de plomo y azul de plata,   
con manchas de roja herrumbre,   
todo envuelto en luz violada.

¡Oh tierras de Alvargonzález,   
en el corazón de España,   
tierras pobres, tierras tristes,   
tan tristes que tienen alma!

Páramo que cruza el lobo   
aullando a la luna clara   
de bosque a bosque, baldíos   
llenos de peñas rodadas,   
donde roída de buitres   
brilla una osamenta blanca;   
pobres campos solitarios   
sin caminos ni posadas,

¡oh pobres campos malditos,   
pobres campos de mi patria!

LA TIERRA   
I

Una mañana de otoño,   
cuando la tierra se labra,   
Juan y el indiano aparejan   
las dos yuntas de la casa.   
Martín se quedó en el huerto   
arrancando hierbas malas.

II

Una mañana de otoño,   
cuando los campos se aran,   
sobre un otero, que tiene   
el cielo de la mañana   
por fondo, la parda yunta   
de Juan lentamente avanza.

Cardos, lampazos y abrojos,   
avena loca y cizaña,   
llenan la tierra maldita,   
tenaz a pico y a escarda.

Del corvo arado de roble   
la hundida reja trabaja   
con vano esfuerzo; parece,   
que al par que hiende la entraña   
del campo y hace camino   
se cierra otra vez la zanja.

«Cuando el asesino labre   
será su labor pesada;   
antes que un surco en la tierra,   
tendrá una arruga en su cara».

III

Martín, que estaba en la huerta   
cavando, sobre su azada   
quedó apoyado un momento;   
frío sudor le bañaba   
el rostro.

Por el Oriente,   
la luna llena, manchada   
de un arrebol purpurino,   
lucía tras de la tapia   
del huerto.

Martín tenía   
la sangre de horror helada.   
La azada que hundió en la tierra   
teñida de sangre estaba.

IV

En la tierra en que ha nacido   
supo afincar el indiano;   
por mujer a una doncella   
rica y hermosa ha tomado.

La hacienda de Alvargonzález   
ya es suya, que sus hermanos   
todo le vendieron: casa,   
huerto, colmenar y campo.

LOS ASESINOS   
I

Juan y Martín, los mayores   
de Alvargonzález, un día   
pesada marcha emprendieron   
con el alba, Duero arriba.

La estrella de la mañana   
en el alto azul ardía.   
Se iba tiñendo de rosa   
la espesa y blanca neblina   
de los valles y barrancos,   
y algunas nubes plomizas   
a Urbión, donde el Duero nace,   
como un turbante ponían.

Se acercaban a la fuente.   
El agua clara corría,   
sonando cual si contara   
una vieja historia, dicha   
mil veces y que tuviera   
mil veces que repetirla.

Agua que corre en el campo   
dice en su monotonía:   
Yo sé el crimen, ¿no es un crimen,   
cerca del agua, la vida?

Al pasar los dos hermanos   
relataba el agua limpia:

«A la vera de la fuente   
Alvargonzález dormía».

II

—Anoche, cuando volvía   
a casa— Juan a su hermano   
dijo—, a la luz de la luna   
era la huerta un milagro.

Lejos, entre los rosales,   
divisé un hombre inclinado   
hacia la tierra; brillaba   
una hoz de plata en su mano

Después irguióse y, volviendo   
el rostro, dio algunos pasos   
por el huerto, sin mirarme,   
y a poco lo vi encorvado   
otra vez sobre la tierra.

Tenía el cabello blanco.   
La luz llena brillaba,   
y era la huerta un milagro.

III

Pasado habían el puerto   
de Santa Inés, ya mediada   
la tarde, una tarde triste   
de noviembre, fría y parda.   
Hacia la Laguna Negra   
silenciosos caminaban.

IV

Cuando la tarde caía,   
entre las vetustas hayas,   
y los pinos centenarios,   
un rojo sol se filtraba.

Era un paraje de bosque   
y peñas aborrascadas;   
aquí bocas que bostezan   
o monstruos de tierras garras;   
allí una informe joroba,   
allá una grotesca panza,   
torvos hocicos de fieras   
y dentaduras melladas,   
rocas y rocas, y troncos   
y troncos, ramas y ramas.   
En el hondón del barranco   
la noche, el miedo y el agua.

V

Un lobo surgió, sus ojos   
lucían como dos ascuas.   
Era la noche, una noche   
húmeda, oscura y cerrada.

Los dos hermanos quisieron   
volver. La selva ululaba.   
Cien ojos fieros ardían   
en la selva, a sus espaldas.

VI

Llegaron los asesinos   
hasta la Laguna Negra,   
agua transparente y muda   
que enorme muro de piedra,   
donde los buitres anidan   
y el eco duerme, rodea;   
agua clara donde beben   
las águilas de la sierra,   
donde el jabalí del monte   
y el ciervo y el corzo abrevan;   
agua pura y silenciosa   
que copia cosas eternas;   
agua impasible que guarda   
en su seno las estrellas.

¡Padre!, gritaron; al fondo   
de la laguna serena   
cayeron, y el eco ¡padre!   
repitió de peña en peña.

|  |
| --- |
| **http://www.poesia-inter.net/firma0am.gif**  *Antonio Machado* |